

CAPITULO X.

Esta rigorosa accion nos abría el camino de la victoria ; era pues preciso arrojarse ; mas Murat y Ney estaban fatigados, se detienen, y entanto que replegan sus tropas envian á pedir refuerzos. Vióse entonces Napoleon apoderado de una incertidumbre hasta entonces desconocida, se consulta largamente, y en fin, despues de varias órdenes y contra órdenes á su guardia joven, creyó que la presencia de Maubourg y de Friand bastaria en la altura, pareciéndole no haber llegado aun el momento decisivo.

Kutusof se aprovechó de una intermision á que no podia esperarse, y llama al socorro de su izquierda descubierta todas sus reservas, y hasta la guardia Rusa. Ba-

gration con todos sur refuerzos reforma su línea; su derecha se apoya en la gran bateria atacada por el príncipe Eugenio, su izquierda en el bosque que termina el campo de batalla cerca de Psarewo. Los fuegos despedazan nuestras filas, su ataque es el mas violento, impetuoso y simultáneo; infantería, caballería, artillería, todos hacen un esfuerzo terrible: Ney y Murat se arredran con esta tempestad, y ya no tratan de continuar la victoria sino de conservarla.

Los soldados de Friand, formados delante de Semenowska, rechazan las primeras cargas, pero acosados por una lluvia de balas y metralla, se turban, uno de sus gefes se desanima y manda la retirada: en este crítico instante, Murat corre á él y asiéndole del cuello le dice: « ¡Que haceis! » El coronel, mostrando la tierra cubierta con la mitad de los suyos, responde: « Ya veis que aquí no se puede estar. — Pues bien yo estaré, » exclamó el rey. Estas palabras detuvieron al oficial,

y mirando al monarca, dijo friamente « ¡Es justo! ¡soldados, al frente! ¡vamos á morir.»

Entretanto habia enviado Murat á Borelli á pedir socorros al emperador; este oficial muestra las nubes de polvo que las cargas de caballería elevan en las alturas hasta entonces tranquilas despues de la conquista: algunas balas de cañon vienen á morir por la primera vez á los pies del emperador, prueba que el enemigo se acerca; Borelli insiste y Napoleon promete la guardia joven; pero apenas esta hizo algunos pasos cuando él mismo la gritó se detuviese: sin embargo, el conde de Lobau la hácia avanzar poco á poco con pretexto de rectificar sus alineamientos; Napoleon lo notó y reiteró su orden.

Por fortuna, la artillería de la reserva se adelantó en el mismo instante para tomar posicion en las alturas conquistadas. Lauriston habia, por medio de esta maniobra, obtenido el consentimiento del emperador, que por lo pronto lo dió menos

que lo permitió; mas luego le pareció tan importante que él mismo activó la evolucion con el único movimiento de impaciencia que hubo manifestado en todo aquel dia.

No se sabe si la incertidumbre de los combates de Poniatowsky y del príncipe Eugenio á derecha é izquierda, le tenian indeciso, lo cierto es que parece temia que el extremo izquierdo de los Rusos, escapando á los Polacos, viniese á apoderarse del campo de batalla detras de Ney y de Murat; y al menos esta fué una de las causas por las cuales retuvo su guardia en observacion en este punto. A los que le preguntaban, respondia, « que queria ver mejor; que la batalla no estaba todavía comenzada; que el dia seria largo; que era necesario saber esperar; que el tiempo entra en todas las cosas; que es el elemento de que todas se componen; que nada habia aun bastante desembrollado. » Luego preguntando la hora, decia, « que la de su

batalla no era todavía llegada , que dentro de dos horas comenzaria. »

Mas esta hora no llegó; viósele casi todo aquel dia, sentado ó pasearse lentamente delante y un poco á la izquierda del reducto conquistado el 5, al borde de un pequeño barranco, lejos de la batalla que apenas divisaba desde que habia pasado al otro lado de las alturas; sin inquietud cuando la vió parecer de nuevo, sin impaciencia contra los suyos ni contra el enemigo. Hacia solamente algun gesto de una triste resignacion cuando se le noticiaba la pérdida de sus mejores generales; se levantaba muchas veces, daba algunos pasos y se sentaba inmediatamente.

Todos los que le rodean le miran con admiracion: hasta entonces en todos los grandes choques se le habia visto una actividad sosegada; pero aquí era una calma pesada, una dulzura floja y sin actividad: algunos creyeron descubrir aquel abatimiento que producen las violentas sensa-

ciones; otros imaginaron que estaba fastidiado de todo, hasta de la emocion de los combates, y varios observaron que esta constancia pacífica, esta frialdad de los hombres grandes en las grandes ocasiones, se convierte con el tiempo en flema y pesadez cuando la edad ha usado sus resortes. Los mas zelosos motivaron esta inmovilidad en la necesidad de no cambiar demasiado de sitio cuando se manda sobre una grande extension, á fin de que las noticias sepan donde deben dirigirse; y en fin hubo algunos que la achacaron, con mas justa razon, á su debilitada salud, á un sufrimiento secreto, y al principio de una fuerte indisposicion.

Los generales de artillería que se admiraban tambien de su estagnacion, usaron prontamente del permiso de combatir que acababan de obtener; bien pronto coronaron los picos, y estallaron de un golpe ochenta piezas de cañon. La caballería rusa vino la primera á estrellarse contra esta

línea de bronce, mas luego se puso detras de su infantería.

Esta avanzaba por masas espesas en las cuales nuestras balas hacian anchos y profundos boquetes ; sin embargo, continuaban acercándose , cuando las báterias francesas redoblando las cargas, las cubrian de metralla : los pelotones enteros caian á la vez ; los soldados azorados buscaban sus compañeros para reponerse bajo este fuego terrible ; á cada instante separados por la muerte, se replegaban sobre ella hollándola bajo sus piés.

Al fin se detienen , no se atreven á avanzar mas , pero no quieren retroceder ; ya fuese porque estaban arrebatadas y como petrificadas de horror en medio de tan espantosa destruccion , ya que en aquel momento fuese herido Bagration , ó ya que sus generales no supiesen cambiar de disposicion cuando la primera salia mal, no teniendo, como Napoleon, el gran arte de remover tan grandes cuerpos á un

tiempo y sin confusion ; en fin estas masas inertes se dejaron destruir durante dos horas sin otro movimiento que el de su caida , vióse entonces una mortandad horrosa , y el valor inteligente de nuestros artilleros admiró el esfuerzo inmovil , ciego y resignado de sus enemigos.

Los victoriosos se cansaron los primeros ; la lentitud de este combate de artillería irritó su impaciencia , sus municiones se acababan , y se decidieron : Ney marcha extendiendo su derecha la cual hace avanzar rapidamente para rodear aun la izquierda del nuevo frente que se le ha opuesto ; Davoust y Murat le ayudan , y los despojos de Ney salen vencedores de los restos de Bagration.

La batalla cesa entonces en la llanura , y se concentra en el resto de las alturas enemigas y hácia el gran reducto que Barclay con el centro y la derecha defiende obstinadamente contra el príncipe Eugenio.

Así. hácia la mitad del dia, toda nues-

tra ala derecha, Ney, Davoust y Murat, despues de haber hecho caer á Bagration y á la mitad de la línea rusa, se presentaban ante el flanco entreabierto del resto egército enemigo, del cual veian todo el interior, las reservas, la espalda, y aun la retirada, abandonadas.

Pero sintiéndose demasiado débiles para arrojar en este vacío detras de una línea todavía formidable, llaman á grandes gritos la guardia: « ¡La guardia joven! que nos siga de lejos, que se deje ver solamente y nos reemplace en las alturas; nosotros bastaremos para concluir. »

Envian á Belliard cerca del emperador. Este general declara, « que desde su posición la vista penetra sin obstáculo hasta el camino de Mojaïsk detras del egército ruso; que se divisaba una multitud de ahuyentados, heridos, y carros en retirada; que una barranquera y un bosque les separaban todavía, pero que los generales enemigos, desconcertados, no pensaban en aprovecharse; que en fin, solo falta otra

investida para llegar al medio de este desorden, decidir de la suerte del egército enemigo y de la guerra. »

Pero Bessières llegando de unas alturas, el emperador le habia enviado á examinar la actitud de los Rusos, aseguró, « que lejos de estar en desorden se habian retirado sobre una segunda posición donde parecian disponerse á un nuevo ataque, » y el emperador dijo entonces, « que todavía no habia nada desembrollado, que para dar sus reservas queria ver mas claro en su *echiquier* (1). » Esta fué su expresión, la que repitió varias veces mostrando de una parte el camino viejo de Moscou del cual Poniatowsky no habia podido hacerse dueño; de otra, un ataque de caballería enemiga á la espalda de nuestra ala izquierda, y el gran reducto contra el cual se estrellaban todos los esfuerzos del príncipe Eugenio.

Belliard consternado, vuelve cerca del

(1) El tablero del ajedrez.

rey y le anuncia la imposibilidad de obtener del emperador su reserva : « Lo he hallado , dice , en el mismo sitio , con un aire doliente y abatido , un semblante agoviado y un mirar taciturno , dando sus órdenes languidamente en medio de los espantosos ruidos de guerra que le parecen extraños. » Al oír Ney esta relación , furioso y arrebatado por su carácter ardiente y sin medida , exclama : « ¿ Hemos venido de tan lejos para contentarnos con un campo de batalla ? ¿ Qué hace el emperador detras del ejército ? Allí no está al alcance de la victoria , sino de los reveses. Pues que ya no hace la guerra por sí mismo , que ya no es general , y que por todas partes quiere hacer el emperador , que se vuelva a las Tuillerias y nos deje ser generales para él.

Murat estuvo mas pacífico ; se acordaba haber visto al emperador correr en el día anterior , el frente de la línea enemiga , pararse muchas veces , apearse del caballo , apoyar la frente sobre un cañon , y

quedarse en la actitud del sufrimiento. Sabia la agitacion de su noche , y que una violenta tos le cortaba la respiracion. El rey conoció que las fatigas y las primeras impresiones del equinocio habian conmovido su temperamento debilitado , y que en fin en aquel momento de crisis , la accion de su espíritu estaba como oprimida por su cuerpo , abrumado bajo el triple peso de la fatiga , de la fiebre , y de un mal que es acaso el que mas abate las facultades físicas y morales del hombre.

Sin embargo no le faltaron excitaciones , pues tras de Belliard , Daru impelido por Dumas , y sobre todo por Bertier , dijo en voz baja al emperador , « que de todas partes gritaban , que habia llegado el instante de dar la guardia ; » mas Napoleon replicó : « Si mañana hay otra batalla ¿ con que la daré ? » El ministro no insistió , sorprendido de ver por la primera vez al emperador remitir su fortuna al día siguiente.

CAPITULO XI.

Entretanto Barclay con su derecha luchaba obstinadamente contra el príncipe Eugenio : este, luego despues de la toma de Borodino, habia pasado el Kologha delante del gran reducto enemigo. Allí especialmente contaban los Rusos con sus alturas escarpadas rodeadas de barrancos profundos y cenagosos, con sus atrincheramientos armados con gruesas piezas, en fin con ochenta cañones que guarnecian aquellas crestas herizadas de yerro y de fuego ; pero estos elementos, el arte, la naturaleza, todo les faltó á un mismo tiempo : asaltados por un primer transporte de la célebre furia francesa, vieron repentinamente los soldados de Morand en medio de ellos y huyeron desconcertados.

Mil y ochocientos hombres del regimiento 3o, y el general Bonnamy á la cabeza, acababan de hacer este grande esfuerzo. Allí se señaló Fabvier, edecan de Marmont, llegado la víspera del fondo de la España ; se habia agregado como voluntario á pié y á la cabeza de las primeras guerrillas, como si hubiera venido á representar el egército de España en medio del egército grande, y que animado de esta rivalidad de gloria que hace los héroes, quisiere manifestarla á la cabeza y la primera en el peligro.

Cayó herido en este famoso reducto. La victoria fué corta, faltaba union en el ataque, ya por precipitation de los primeros asaltadores, ya por lentitud de los que venian despues. Habia que pasar un barranco, cuya profundidad garantizaba de los fuegos del enemigo : se asegura que muchos de los nuestros se detubieron en él. Morand se halló solo delante de muchas líneas rusas ; no eran mas que la diez de la mañana ; á su derecha Friand no

atacaba todavía Semenowska , y á su izquierda las divisiones Gerard , Brousier y la guardia italiana no estaban todavía en línea.

Ademas, este ataque no debió hacerse con tanta violencia, no se queria mas que ocupar y contener á Barclay de este lado, pues la batalla debia comenzar por la ala derecha y dirigirse sobre el ala izquierda. Tal habia sido el plan del emperador, y aun se ignora porque él mismo no lo siguió en el momento de su egecucion , pues él fué quien desde los primeros tiros de cañon envió al príncipe Eugenio varios oficiales para apresurar su ataque.

Vueltos los Rusos de su primer desconcierto, acudieron de todas partes: Koutaisof y Yermolof los condugeron con una resolucion digna de tan grande circunstancia. El regimiento 3o solo , delante de un ejército, osó arrojarse contra él á la bayoneta, mas fué envuelto , rechazado y arrojado del reducto donde dejó un tercio de su gente, y su intrépido general atra-

vesado con veinte heridas. Vióse entonces reunir en aquel punto todo el arte , esfuerzos y furor de la guerra; los Franceses sostuvieron todavía durante cuatro horas á la cuesta de este volcan y bajo una lluvia de yerro y plomo; mas necesitóse toda la tenaz habilidad del príncipe Eugenio, y todo el horror que inspira la idea de confesarse vencidos, á unos soldados acostumbrados á vencer.

Todas las divisiones cambiaron varias veces de general, el virey iba de una á otra, mezclando las súplicas á los reproches, y recordando sobre todo las antiguas victorias. Hizo prevenir al emperador de su crítica posicion; pero Napoleon contestó, « que nada podia hacer; que él era quien debia vencer; que no habia mas que redoblar el esfuerzo; que allí estaba la batalla. » El príncipe replegaba todas sus fuerzas para tentar un asalto general, cuando de repente llamaron su atencion unos furiosos gritos que partian de su izquierda.

Ouwarof con dos regimientos de caballería y algunos miles Cosacos caian sobre su reserva y la desordenaban, corrió á ella, y ayudado de los generales Delzons y Ornano, ahuyentó bien pronto esta tropa mas ruidosa que terrible, viniendo en seguida á ponerse á la cabeza de un ataque decisivo.

Era el momento en que Murat, forzado á la inaccion en esta llanura donde reinaba, habia enviado por la cuarta vez á su hermano, para quejarse de las pérdidas que los Rusos apoyados en los reductos opuestos al príncipe Eugenio, hacian sufrir á nuestra caballería; no pide mas que la de su guardia: sostenido por ella, rodeará estas alturas atrincheradas y las hará caer con el ejército que las defiende.

El emperador pareció consentir y envió á llamar á Bessières, gefe de esta guardia de caballería; por desgracia no se halló este mariscal, que por sus órdenes habia ido á considerar la batalla mas de cerca. El emperador lo esperó cerca de una hora sin impaciencia y sin renovar su orden:

cuando al fin vino este mariscal le recibió con un aire satisfecho, escuchó tranquilamente su relacion y le permitió avanzar hasta donde lo juzgase conveniente.

Mas ya no era tiempo; ya no habia que pensar en apoderarse de todo el ejército ruso, y tal vez de la Rusia entera, sino solamente del campo de batalla: habiase dado á Kutusof el tiempo de reconocerse, se habia fortificado en los puntos de difícil acceso que le quedaban, y habia cubierto la llanura con su caballería.

Así los Rusos por la tercera vez se habian formado un flanco izquierdo delante de Ney y de Murat: este llamó á la caballería de Montbrun, mas este general habia muerto. Caulaincourt le reemplaza; encuentra los edecanes del desgraciado Montbrun llorando su general: «Seguidme, les dice, no le lloreis mas, y venid á vengarle.»

El rey le muestra el nuevo flanco del enemigo, que es necesario penetrar hasta la altura de la garganta de su bateria

grande, donde entanto que la caballería ligera adelantará su ventaja, Caulaincourt volverá súbitamente á la izquierda hácia sus coraceros, para tomar por la espalda este terrible reducto, cuyo frente ataca todavía el virey.

Caulaincourt respondió : « Dentro de poco vais á verme allá, muerto ó vivo. » Parte inmediatamente, atropella todo cuanto le resiste y luego volviendo prontamente á la izquierda con sus coraceros, penetra el primero en el reducto sangriento donde una bala le hiere y lo derriba: su conquista fué su sepulcro.

Corrieron á anunciar al emperador esta victoria y esta pérdida. El gran escudero, hermano del malhadado general, escuchaba : al pronto se sobrecogió; pero luego se endureció contra la desgracia, y se le hubiera creído impasible sin las lágrimas que descendían silenciosamente en su cara. El emperador le dijo : « Ya lo ois, ¿ quereis retiraros? » y acompañó estas palabras con una exclamacion de dolor; mas en aquel

momento avanzabamos hácia el enemigo: el caballerizo mayor no respondió nada, ni se retiró, solamente se descubrió á mitad par dar gracias y reusar.

En tanto que se egecutaba esta carga decisiva de caballería, el virey estaba próximo á ganar con su infantería la boca de este volcan; de repente vé apagarse su fuego, disiparse su humo y brillar en su cresta el metal movil y resplandeciente del cual van cubiertos nuestros coraceros; en fin, estas alturas hasta entonces rusas eran ya francesas; y corre á tomar parte en la victoria, acabarla y asegurarse en esta posicion.

Pero los Rusos que no habian renunciado á ella se obstinan y encarnizan; se apelonan *ante nuestras filas con terquedad*, vencidos sin cesar, sus generales los conducen de nuevo, y vienen á morir al pié de estas mismas fortificaciones que ellos han construido.

Por fortuna, su última columna de ataque se presentó hácia Semenowska y

hacia el gran reducto, sin artillería; sin duda los barrancos habian retardado la marcha de ella. Belliard no tuvo tiempo sino para reunir treinta cañones contra esta infantería, la cual llegó hasta la boca de nuestras piezas, que la abrumaron tan á tiempo que torbelliné y se retiró sin haber podido ni aun desplegarse. Murat y Belliard digeron, que si en aquel instante hubiesen tenido diez mil infantes de la reserva, su victoria hubiera sido decisiva; pero que reducidos á su caballería, se dieron por dichosos en haber conservado el campo.

Grouchy, de su lado, por medio de sangrientas y repetidas cargas contra la izquierda del gran reducto, aseguró la victoria y barrió toda la llanura; mas no pudo seguir los restos de los Rusos, cuya retirada estaba protegida por nuevos barrancos y reductos armados, en los cuales se defendieron hasta la noche, cubriendo de este modo el camino real de Moscou, su ciudad santa, su almacén, su depósito y su refugio.

Desde estas segundas alturas, destruian las que nos habian abandonado: el virey se vió obligado áo cultivar sus líneas fatigadas y cercenadas, en los pliegos del terreno y detras de las trincheras medio destruidas, teniendo los soldados arrodillados y encorvados tras de estos informes parapetos, en cuya penosa posicion estubieron durante algunas horas, contenidos por el enemigo que ellos contenian.

A cosa de las tres y media se ganó esta victoria, pues hubo muchas en aquel día; cada cuerpo venció sucesivamente lo que tenia á su frente, sin aprovechar su éxito para decidir la batalla, pues todos ellos no estando bien sostenidos por la reserva, se detenian fatigados; mas al fin los primeros obstáculos estaban vencidos, el ruido de los tiros se debilitaba y se alejaba del emperador. Los oficiales venian de todas partes: Poniatowsky y Sebastiani, despues de una obstinada lucha habian vencido igualmente; el enemigo se detenia y atrincheraba en una nueva posicion; el

dia estaba adelantado, nuestras municiones agotadas y la batalla concluida.

Entonces Belliard vino por tercera vez cerca del emperador: los sufrimientos de Napoleon parecian haberse aumentado: montó á caballo con mucha pena y se dirigió lentamente á las alturas de Semnowska, donde halló un campo de batalla adquirido incompletamente, y que las balas de cañon y aun de fusil nos disputaban todavía.

En medio de estos ruidos de guerra y del ardor todavía animado de Ney y de Murat, se mantuvo siempre el mismo: su voz debil y su aspecto lánguido. Sin embargo la vista de los Rusos y el silvido de sus balas le inspiraron; fué á considerar de mas cerca su última posicion, y quiso arrancarsela. Pero Murat mostrándole nuestras tropas casi destruidas, declaró que se necesitaba la guardia para concluir; á lo cual Bessieres no dejó de oponerse, como lo hacia siempre, sobre la importancia de este cuerpo de reserva.

Opuso la distancia á que nos hallábamos de los refuerzos, que la Europa estaba entre Napoleon y la Francia, y que al menos se debia conservar este puñado de soldados que quedaban solos para responder: y como era ya cerca de las cinco, Bertier añadió, que era demasiado tarde; que el enemigo se aseguraba en su última posicion, y que se sacrificarian muchos miles de hombres sin resultado suficiente. El emperador entonces no trató sino de recomendar la prudencia á los vencedores, luego vino siempre al paso á buscar sus tiendas, montadas detras de una batería ganada dos dias antes, y ante la cual habia pasado toda la mañana como un testigo casi inmovil de las vicisitudes de este dia tremendo.

Caminando de este modo, llamó á Mortier y le mandó hacer avanzar la guardia joven, pero sobre todo de no pasar el nuevo barranco que separaba el enemigo, y añadió, « que le encargaba de custodiar el campo de batalla, siendo

esto todo lo que exigia : que hiciese lo necesario para ello y no mas. De allí á muy poco le llamó de nuevo para preguntarle si le habia comprendido bien, y recomendarle de no empeñar accion ninguna y de guardar sobre todo el campo de batalla. Una hora despues le hizo reiterar la orden de que no avanzase ni retrocediese en ningun evento.

CAPITULO XII.

Cuando estubo en su tienda , se agregó á su abatimiento físico una grande tristeza de espíritu. Acababa de ver el campo de batalla , y el sitio mas que los hombres le habia informado de que esta victoria tan perseguida y tan-caramente comprada era incompleta. ¿Era el mismo hombre que llevaba siempre los sucesos hasta el último resultado , que la fortuna habia llamado frio é inactivo cuando ella le habia ofrecido sus últimos favores?

En efecto las pérdidas eran inmensas y sin resultado proporcional; cada uno de los que le rodeaban , lloraba la muerte de un amigo, de un pariente, de un hermano, pues la suerte de los combates habia caido sobre los mas considerables. Cuarenta y